

a juicio de este reseñista, es su reconocida dedicación absoluta a los propósitos y las técnicas analíticas de la psicohistoria. Un poco está bien. No molesta que nos digan que aunque los rituales funerarios permanecieron igual, "la idea de la vida y la muerte en el siglo XVI y XVII era fundamentalmente distinta". Tal vez sí, al menos en algunas áreas, aunque

las pruebas que se aducen son magras. Pero cuando Ariès empieza a sumergirse en lo "que estaba moviéndose en las profundidades del inconsciente colectivo", y halla en nuestra sociedad actual de hospitales, hospicios, guarderías, servicios mortuarios y funerarios sólo un "salvajismo violento y disimulado —y pavoroso", le dan ganas a uno de salir corriendo a

las montañas; o más exactamente, hacia los cientos de párrafos de este libro que dan análisis históricos sensacionales de los ritos, los rituales, las ceremonias y las costumbres que durante mil años han rodeado a la muerte en Occidente.

Tomado de *The New York Times Book Review*.

Historia oral: otras voces, otros ámbitos

Bernardo García

Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 384 pp.

Esta es la primera obra de reflexión general que se publica en español sobre el uso de la historia oral en la historiografía reciente. Su autor no está poco familiarizado con el asunto. Al principio de la década de los setenta, después de superar la "desconfianza instintiva" hacia las fuentes orales, ante las limitaciones que le imponían las fuentes clásicas localizadas en archivos y bibliotecas, el historiador francés Philippe Joutard realizó un trabajo exhaustivo de historia oral entre los campesinos de Cevenas, descendientes de los protestantes que en ese mismo lugar y en el Bajo Languedoc se rebelaron en contra de Luis XIV en el siglo XVIII. Más de cien entrevistas, realizadas a veces en más de una sesión, en el lapso de siete años, dieron por resultado *La leyenda de los*

Camisardos (1977), una obra de historia ejemplar que propone un método preciso, y propiamente historiográfico, para tratar las fuentes orales.

Una vez concluido este trabajo, Joutard empezó a trabajar en un proyecto colectivo sobre las tradiciones orales en el sur de Francia con el propósito de entender los discursos que las comunidades enuncian sobre sí mismas y su pasado. En este sentido, aunque el libro es más que eso, *Esas voces que nos llegan del pasado* tiene mucho del tono confesional del practicante, y más aún, de un "converso" hacia las fuentes orales. Preocupado por el retraso de la historiografía francesa en relación a los estimulantes trabajos realizados en otras partes de Europa sobre la historia oral, Joutard participa en el diálogo e intercambio que desde hace años se estableció de manera regular entre los especialistas de la historia oral. De aquí que conozca los trabajos más acabados y las diferentes tendencias, temáticas y

metodologías de las distintas historiografías nacionales. Así, tanto la práctica crítica del oficio como el contacto y la discusión permanente con diversos colegas y proyectos colectivos, colocan a Joutard en una posición privilegiada, y ciertamente autorizada, para desarrollar una reflexión amplia sobre el tema. Le permite plantearse y responder preguntas fundamentales: ¿la historia oral es un simple método al servicio de una vieja disciplina, o es otra manera de hacer y de ver la historia? ¿es una evolución más de las técnicas de la historia, o es un fenómeno más profundo y global de civilización?

Después de dos oportunos capítulos sobre los precursores del tema, *Esas voces que nos llegan del pasado* describe y examina las diversas experiencias nacionales y las razones que influyeron en el impulso de la historia oral. Se detiene con particular interés en las experiencias de Escandinavia, Inglaterra, Italia y Alemania. Estudia los filones más atractivos

en cada uno de estos países y cita algunos de los trabajos más célebres, como *El mundo de los vencidos* de Nuto Revelli.

Joutard analiza con especial cuidado el caso de Inglaterra, en donde la historia oral se consolidó desde los años sesenta. Resulta interesante observar que la historia oral británica, ni específica ni prioritariamente universitaria, halló a los adeptos más entusiastas en personas ajenas —parcial o enteramente— a la universidad. De esta manera, la historia oral ha devenido en un recurso para desarrollar una forma democrática de hacer historia entre comunidades locales, cuyos principales objetivos de estudio se han orientado al mundo de lo prioritariamente popular. Los orígenes locales del movimiento obrero, la historia de las mujeres, de la familia y la juventud, son algunos de los temas trabajados. Del ámbito universitario han salido trabajos como *Los Eduardianos* de Paul Thompson.

En Italia también se le ha impulsado con fuerza. Después del desarrollo exagerado de la etapa de recolección de materiales, la historia oral en Italia se encuentra en un momento de madurez. Prueba de esto no es sólo la realización de encuentros nacionales desde 1981, y la parcial superación de la oposición entre universidad e historia oral, sino sobre todo la conclusión de trabajos como *Turín obrero y fascismo* de Luisa Passerini.

Todo un capítulo está dedicado a Francia. Joutard trata de encontrar la explicación del retraso con que la historiografía francesa aceptó la historia oral; retraso sorprendente si se recuerda que, en los años veinte, fueron precisamente franceses los que ampliaron los campos de la in-

vestigación histórica. Además, expone con gran detalle los proyectos más relevantes de historia oral que ahí se realizan desde 1985, año en el cual, según Joutard, se dio el despegue de la historia oral en Francia. A pesar de las distintas iniciativas locales y de los proyectos universitarios de gran envergadura, distantes aún del entusiasmo mesiánico de italianos e ingleses, Joutard reconoce que en Francia existe todavía una gran desconfianza en cuanto al uso de la historia oral, y no sólo por parte del sector más tradicional de los historiadores. En Francia, señala, no se trata de "otra historia", diferente y opuesta a la de los historiadores más tradicionales. "Mientras esperan los resultados masivos de las numerosas encuestas abiertas, en la corporación de los historiadores reina un consenso sobre los límites evidentes de este tipo de acercamiento", dice Joutard. Esta misma corporación es la que advierte que son de preocupar los problemas metodológicos de la historia oral, además de que hasta ahora, según lo que señala, no ha realizado el esfuerzo de conceptualización y teorización que era de esperarse.

Pasado este recuento, Joutard agrupa de manera sistemática todas las observaciones dispersas a lo largo de los capítulos precedentes. Esta parte del libro, que comprende los capítulos séptimo, octavo y noveno, es una de las más útiles. En ellos recapitula los diferentes aportes de la práctica, mostrándonos cómo las entrevistas nos ofrecen testimonios de la historia de los acontecimientos, en el sentido clásico del término. Asimismo analiza la aportación de la historia oral a la historia de la vida cotidiana, y posteriormente señala de qué manera la

entrevista pone de relieve el testimonio indirecto, es decir la tradición oral, y cómo las entrevistas informan sobre la memoria de un grupo.

Los dos últimos capítulos de *Esas voces que nos llegan del pasado* abordan el problema de la subjetividad que nace del documento oral —que introduce una subjetividad nueva que no poseían las fuentes anteriores. Y es que el archivo oral no sólo nace sino que se construye paulatinamente entre el entrevistador y el entrevistado. Joutard enfrenta este problema y discute todas las variables que entran en juego, pues reconoce que es necesario "admitir en su totalidad la subjetividad de la constitución del documento, como lo hace también el etnólogo con la observación participante, de la cual por otra parte la encuesta oral es una modalidad particular". A la vez Joutard insiste, para evitar malos entendidos, que la encuesta oral antes que nada informa sobre las representaciones mentales más que sobre los hechos mismos. Su aportación específica, o una de ellas, está en que "por medio de la acumulación de pequeños hechos verdaderos, para retomar la expresión de Stendhal, los archivos orales tienden a ilustrar, enriquecer, matizar, completar y hacer viviente la reconstrucción de tendencia racionalizante que hacen los historiadores".

Las memorias son selectivas, dice Joutard, por tanto la opinión de nuestros interlocutores debe ser sometida a un análisis ajustado, para otorgarles el status de testigos con pleno derecho. Este análisis se debe realizar a partir de una triple confrontación: con la documentación escrita, con otros testimonios y con las diversas fases del discurso del testigo.

Lejos de excluir la documentación escrita tradicional, la encuesta oral la necesita complementariamente. También importa realizar más de una encuesta con el entrevistado. No olvidemos, se nos recuerda, que cada uno de nosotros tenemos “un discurso-sobre-nosotros-listo-para-los-otros”.

Al exigir un uso escrupuloso de las fuentes orales, reconociendo las reservas y opiniones contrarias a su práctica, se reivindican simultáneamente sus puntos a favor; de esta manera, Joutard contribuye, sin duda, a la fundación de una crítica histórica de las fuentes orales. Tan importante como su llamado al uso riguro-

so de la historia oral es el vivo alegato que está en todo el libro sobre las virtudes de este tipo de hacer historia, mostrando con incontables y variadísimos ejemplos la riqueza irremplazable que nos ofrece para una novedosa y original manera de acercarnos al pasado.

El libro, en suma, habla muy bien de las voces que nos llegan del pasado. “El gran mérito de la historia oral —dice Joutard— es sacar a la luz realidades que encontraríamos tal vez esparcidas en la inmensidad de lo escrito, pero imposibles de distinguir si uno no está sensibilizado para ello. Sin duda no es tan radicalmente nueva como lo afirman sus

primeros adeptos. Pero transforma lo suficiente las percepciones del historiador como para que una vez practicada tenga deseos de proseguir más profundamente.

“Al final del camino el historiador descubre a la vez la complejidad de lo real y la fuerza de lo imaginario y reencuentra la efectividad que el mero contacto con los papeles habrían podido hacerle perder. Quien no ha escuchado esas voces que vienen del pasado no puede comprender la fascinación que ejerce la encuesta oral. Ese lazo carnal es en definitiva un don al cual no se renuncia fácilmente cuando se ama la historia”.

Palmera y poder

Alma Parra

Berta Ulloa, *Veracruz, capital de la nación 1914-1915*, México, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Veracruz, 1986, 189 pp.

Aunque en la misma dirección, y en mucho similar a los textos anteriores de Berta Ulloa sobre este mismo periodo, el relato de la presente obra transcurre en un periodo demasiado breve pero, al igual que los acontecimientos, muy intenso. El libro destaca que los once meses del gobierno constitucionalista fueron críticos, a la vez que claves para entender un proceso de más largo plazo que generó la victoria carrancista. Por otra parte, la consolidación del predominio del Jefe Máximo se

atribuye al juego de tres de sus más destacados méritos: haber sometido por fuerza o por coalición a las distintas facciones revolucionarias, haber logrado contener las agresiones intervencionistas del gobierno de Estados Unidos, y haber sentado las bases del marco legislativo que rige al país hasta este momento.

Estos tres hechos se combinan a lo largo de todo el texto, en el que además no faltan las descripciones exhaustivas de las formas y modalidades que tomó el desarrollo de la lucha armada, así como de la vida en Veracruz en este periodo.

De la capacidad de Venustiano Carranza para someter a las facciones revolucionarias —a zapatas y villistas principalmente— se

ha escrito mucho, y en buena parte las contribuciones al conocimiento de este aspecto se deben a la misma historiadora. Sin embargo, este libro presenta una idea más sólida y acabada de la trascendencia del gobierno de Carranza en el puerto de Veracruz. Este resultó estratégico para controlar al país, ya que por una parte el control militar de la mayor parte del centro-norte del territorio nacional lo garantizaba Obregón —quien todavía comulgaba con Carranza—, pero el puerto más importante del país le proporcionaba las condiciones óptimas de comunicación interior y exterior. Desde Veracruz, Carranza pudo abastecer al ejército constitucionalista con los aviones que habían de usarse para combatir a